

# Novela Popular Cinematográfica

Año 1  
-Núm. 11

Señal  
de amor



25 céntimos

Protagonista:  
Mary Dickford

Revista Semanal



## Señal de amor

(THE LOVE LIGHT, 1921)

PROTAGONISTA: MARY PICKFORD

### I

Las olas de esmeralda del Mediterráneo vienen a estrellarse, rumorosas y suaves unas veces, violentas y amenazadoras otras, al pie de esta pequeña población italiana, de cuyo nombre no es preciso hacer mención.

Se trata de una aldea primitiva, con costumbres y edificios primitivos, habitada por gentes primitivas, en su mayoría familias modestas de pescadores, en cierto modo dichosas, naciendo, viviendo y muriendo en medio de una calma y una belleza de plena naturaleza.

Hay, como en todas partes, rencillas y murmuraciones, luchas y rivalidades, envidias y odios. Pero quedan, en general, ahogados ante la corriente, más fuerte, de la simpatía, nacida del hecho de vivir tan naturalmente.

El pueblo, situado junto al mar, rodeado de rocas y teniendo como fondo una montaña feraz, es, en realidad, admirable espectáculo para el viajero curioso.

Corren por sus calles, libres y sin peligro, toda



clase de animales, que salen cuando el sol de sus encierros, y vuelven a ellos cuando llega la noche.

Tony, el tendero del lugar, es muy ducho en marrullerías pueblerinas para medrar a costa de su prójimo. Es, por esta razón, el hombre que tiene entre sus convecinos menos simpatías.

En cambio, Angela Carloti, huérfana, que vive en su humilde casa familiar en compañía de sus dos hermanos, goza de general estimación entre todos los habitantes de la aldea, pues que a su belleza, en verdad extraordinaria, une excelentes prendas morales.

Antonio, el hermano mayor de Angela, observa con hondo y visible agrado la cariñosa y sincera amistad que une a su hermana con Juan, el torrero del faro, joven adornado con muchas y muy buenas cualidades.

Los dos hombres, que están en plena juventud, siempre que se encuentran hablan largamente de sus planes y de sus esperanzas; se cuentan sus inquietudes; se refieren, con visible satisfacción, sus cosas íntimas.

Hoy, al encontrarse, Antonio ha dicho a su amigo Juan, contestando a cariñosas palabras de éste acerca de Angela:

—Llevas razón, Juan. Apasionamientos de mi cariño aparte, Angela es una perfecta mujer de su casa, y tú, querido amigo, casándote con ella, podrías considerarte, en verdad, el más feliz de los hombres.

—¡Oh, sí! Ya lo creo. ¡El más feliz y el más dichoso de los hombres!—responde Juan como en sueños.

Hablan cerca de la casa en que Angela vive con sus hermanos, y la joven, que está ocupada en sus quehaceres, los oye. Ella tiene mucha y honda simpatía por Juan; pero, ¿le ama?

Como es tan joven, tan ingenua, tan tierna y tan delicada, tiene para cuantos le rodean atenciones infinitas. Les quiere a todos. Pero amor, lo que se dice amor, ¿lo siente por alguien? Le agrada mucho Juan, mas no sabe si hay en el fondo de su alma, oculto todavía, amor por él. La complacencia con que ha oído la charla del joven con su hermano, nos dice, por lo menos, que si aún no hay ese amor, quizá podría nacer.

En tanto que los dos jóvenes charlaban, y Angela, trabajando, oía, Mario, el hermano menor de la joven, zagalón travieso y despierto, hacía, en los alrededores de la casa, mil diabluras. Es un muchacho, en efecto, lleno de vitalidad y de fuerza juvenil, que corre y salta, trabaja y hace cualquiera cosa que le sea encomendada, con soltura y rapidez increíbles. Por sus diabluras, es el tormento de Angela, pero también es la gran alegría de su existencia; por su franco y profundo cariño para ella, por la manera tan turbulenta, pero tan sentida, con que la acaricia y la obedece, cuando su mandato es de cierta importancia. En cambio, cuando Angela le riñe por sus travesuras, Mario insiste más en ellas, corre para que ella le siga, se esconde para que su hermana le busque, grita, salta, bromea, derrocha, en fin, el tesoro de alegría de su juventud, tan llena de fuerza y de energías.

Apenas su hermano Antonio se ha alejado un poco de Juan, Mario se acerca al joven torrero y le dice:

—Cuando tú seas el marido de Angela, nosotros procuraremos hacerte trabajar como diez negros.

Y rió fuerte y ruidosamente su broma. Angela, que le oyó, se acercó a él para reñirle. El se puso en guardia. Después empezó a correr y su hermana le siguió. Ya estaba Mario contento. Era esto lo



que buscaba; tenía necesidad de gastar, corriendo, o como fuera, un poco de la vitalidad que le sobraba.

Antonio, que se había alejado de Juan para algún menester, vuelve al lado de su amigo y tornan a emprender su conversación.

—Esperamos—dice el hermano de Angela—a un huésped. Y estamos haciendo algunos preparativos para agasajarle como merece.

—Ya sé que vosotros sabéis, como nadie en el pueblo, medir los merecimientos de cada uno.

—Gracias, Juan, por el buen juicio que te merecemos. Si quieres quedarte a comer con nosotros y con nuestro huésped, hazlo. Ya sabes que estás en nuestra casa tal como si en la tuya estuvieras. Por temor a molestar a nuestro convidado, no dejes de quedarte. Se trata del padre Lorenzo, que, como sabes, es el prototipo del cura rural, por su sencillez, su humildad y sus buenos consejos para todos los habitantes del pueblo. Consejos sencillos, fáciles, comprensibles, ajenos a cualquier clase de severidad.

—Si en efecto no había de molestar a vuestro huésped... Yo aprecio también mucho al padre Lorenzo. Más que un cura, parece un hermano nuestro...

—Decidido, pues. Te quedas.

En esto, entra Angela; de una de sus manos caen gotas de sangre. Se la ha hecho en la persecución de su hermano Mario. Todos la atienden solícitos. Pero sobresale en sus atenciones Juan.

La joven, seguida de sus hermanos, ha entrado en la casa. Un momento después sale de ella Antonio, y, acercándose a Juan, le dice:

—La mesa está puesta, Juan. Es también deseo de Angela que hoy nos acompañes en nuestra comida.

—Acepto gustosísimo. Y gracias de antemano por vuestra atención.

Entran todos en la casa. El comedor, modesto, pero muy limpio, refulge a la luz del sol.

Las manos de Angela han sabido poner en toda la casa una nota de alegría.

En el centro, la mesa, grande, familiar, rodeada de sillas patriarcales, dispuesta ya para la comida.

Se han sentado en torno de ella, y Mario, para oír a su hermana, dice algunas graciosas inconveniencias.

Todos ríen al fin, hasta el padre Lorenzo.

Cuando ya va a empezar la comida, un ruido que llega del corral les hace a todos levantarse.

Silen y ven con asombro que todos los animales, conejos, gallinas, patos, perros, cabras y hasta un burro, corren, alocados, de acá para allá.

—¿Qué ha pasado aquí?—pregunta Angela.

Peró ninguno sabe contestarle. Ninguno, en efecto, se explica lo que ocurre.

Angela sospecha que debe ser una de las diabluras de Mario y se dirige a él:

—¿Qué has hecho?

Mario, muy serio, pues que en verdad es inocente, contesta:

—Te juro, querida hermana, que yo no he tenido ninguna intervención en esta locura de nuestros animales.

Tan formalmente lo dice, que todos le creen.

Y en seguida empiezan a buscar la causa origen de aquella revuelta, la que encontraron pronto.

El burro (no podía ser otro que el burro) había mordido el corcho de un tonel de vino, acachando al fin por sacarlo de su sitio. El vino, pues, se había extendido por el suelo, y todos los animales, sedientos, habían bebido en aquel arroyuelo improvisado. Estaban, por lo tanto, harrachos. Al com-



probar tamaño inesperado disparate, todos se echaron a reír de una manera ruidosa e hilarante. No era, en verdad, para menos.

Lograron, tras no poco esfuerzo, encerrar en la cuadra a los animales que el vino había puesto fuera de sí, y volvieron al comedor.

En seguida empezaron a comer. Todos los rostros reflejaban una gran satisfacción y una no menor alegría. Se emprendió una charla seguida, aunque pausada, en la que se habló de todo, con sencillez y nobleza.

Reinaba en el comedor, y en la casa toda, una paz completa, serena y gozosa. Porque todos los que había en torno de la mesa se sentían felices, muy felices.

## II

Poco había de durar aquella felicidad, que si ya era fortuna de la que gozaban desde mucho tiempo antes Angela y sus hermanos, se acrecentó aquel día al reafirmar la amistad con el padre Lorenzo y con Juan.

Se truncó todo aquello ante la interrupción en el mundo de un cataclismo espantoso, que precipitó a toda la humanidad en una lucha sangrienta y horrorosa. Había estallado la guerra y de todas las naciones partían hacia los campos de batalla hombres y más hombres jóvenes, que eran destruidos por aquella avalancha de maldad desencadenada.

Desde las más remotas aldeas y desde los pueblos más escondidos en el corazón de las montañas, partían hacia la muerte los jóvenes lozanos y fuertes. Eran como ramos de flores que iban a ser tronchadas por una mano oculta y cruel.

De la pintoresca aldea italiana asentada junto al bello mar Mediterráneo salieron también muchos hombres, todos los más fuertes y más vigorosos y más lozanos. Entre ellos Antonio, el hermano mayor de Angela. Esta y su casa quedaron tristes, como desheredadas, como faltas de una sombra protectora. Mario, el hermano menor, ante la ausencia del hermano que era como el padre de familia, se tornó más reflexivo. Jugaba y reía ahora menos. Había venido la tragedia mundial a poner fin a sus travesuras, a quitarle su alegría ruidosa y sana, a poner en su rostro un gesto de tristeza profunda,



a malograr, en fin, su vida, como había malogrado otras muchas.

No sabía qué hacer por alegrar, tanto como fuera posible, a su hermana, que arrastraba entonces una vida de angustia y de tormento, renovados con cada amanecer, ante la probable muerte del hermano que había partido para la guerra.

Siempre que llegaba carta de Antonio, los dos hermanos, entre lágrimas y consolándose mutuamente, la leían y la comentaban.

Pasó así mucho tiempo. Y llegó un día en que cesaron de recibir noticias. Por si esto fuese poco sufrimiento, había llegado la hora en que Mario, ya con edad para ello, tenía también que partir para los campos de muerte.

Angela, deshecha, le despidió. Un dolor inexpressable la amenazaba y la consumía.

Abrazados estuvieron largo rato sin decir palabra. Mario, que advertía el terrible suplicio de su hermana, que no sabía cómo consolarla, hizo una trepa, en el último momento de la despedida, para alejarse de ella sin necesidad de hablar. Hizo como que se despedía de unos muchachos amigos que simuló ver en la lejanía, y cuando Angela volvió la cabeza para verlos, él salió corriendo.

Cuando la joven se percató de la farsa que su hermano había imaginado, Mario estaba ya lejos. Fue una despedida henchida de presentimientos dolorosos. Y como los dos hermanos se querían tan tiernamente, a medida que más distantes estaban el uno del otro, más conmovidos y más angustiados se sentían.

En tanto que, lejos de la casa, Angela y Mario se daban el último adiós, se acercaba pausadamente a ella el padre Lorenzo. Traía una mala noticia y venía meditando la forma menos dolorosa de decir-

la. Pero no acertaba, en sus meditaciones, a coordinar el modo en que había de expresarse.

Por fortuna para él, antes de llegar al triste hogar, del que ya hoy faltaban los dos hombres, encontró a Juan, el amigo más fiel de Angela.



Juan vió en el rostro del padre Lorenzo algo extraordinario. Un gesto delator. Y supuso en seguida lo que ocurría.

En cuanto el padre llegó junto a él, le interrogó:

—¿Qué ocurre? ¡Hable usted, por favor!

—Antonio..., el hermano de Angela, ha sido muerto. ¡Es una desgracia tremenda! Y llega esta noticia hoy, precisamente el día que Mario parte también para la guerra.



—¡Horrible, horrible, padre Lorenzo! ¡Pobre Angela! ¡Quedarse sola el mismo día en que ha de saber la muerte de su hermano! Pero, ¿cómo decirselo?

Tú, Juan, que amas a Angela, encontrarás palabras que preparen su ánimo para tan horrenda nueva y que consigan, después, llevar consuelo a su pobre corazón destrozado.

—Lo intentaré. Procuraré cumplir este doloroso encargo.

—Sí, amigo mío, hazlo. Nadie más indicado que tú.

Juan se alejó, yendo hacia el sitio en que Angela había ido a despedir a Mario. Oyó aún los últimos gritos de la joven, henchidos de emoción, dando a su hermano consejos y recomendaciones.

Llegó Juan hasta donde ella estaba y se repitió el mismo fenómeno que poco antes había tenido lugar entre el padre Lorenzo y Juan. Así como antes Juan vió en el rostro del padre la mala noticia, así la vió ahora Angela en el de su amigo.

—¿Qué ocurre, amigo Juan?

—Tu hermano Antonio...

—¿Ha muerto?

—Sí...

—¡Oh! Impidamos entonces que Mario se marche. ¡Yo no quiero que corra la misma suerte que Antonio!

Y empezó a gritar:

—¡Vuelve, vuelve, Mario! ¡No vayas tú también a buscar, lejos de mí, la muerte! ¡Vuelve!

Pero Mario ya no la oía. Se alejaba en una barca, sollozando de una manera desesperada.

Pocos días después le llegó el turno de marchar a Juan. Nuevo tormento para la infortunada Angela. Y el día que marchó el amigo querido, cuando volvió al hogar, tan solo y tan triste, echóse en el

suelo, en posición como para una plegaria y gritó con acento dolorido:

—¡Que vuelvan sanos y salvos, Dios mío! ¡Que no mueran como mi desgraciado hermano Antonio! ¡Que vengan nuevamente a mi lado Mario y Juan, por cuya ausencia tanto sufro! ¡Que vuelvan, Dios mío!

Al marchar Juan, Angela se ha encargado del servicio del faro. Además de tener con ello un trabajo, tiene también una distracción que le hace menos penosa su soledad.

Una mañana, cuando abandona el faro y vuelve al pueblo, hacia su casa, por entre las escarpadas rocas, que el mar, violento, batía, vió entre las espumeantes y amenazadoras olas a un hombre que luchaba por ganar la playa.

Decidida, se dispuso a ayudar a quienquiera que fuese a salvarle, pues no otra cosa era lo que había de hacerse con aquel hombre, visiblemente cansado de luchar contra las embates del agua enfurecida.

Y puso en práctica sin tardanza su pensamiento. Entró en el mar, llegó hasta el hombre, le atrajo hacia la orilla y logró al fin ponerle fuera de peligro. Todo en un momento y cuando ya él apenas si tenía fuerzas para continuar defendiéndose.

Ya en la playa, y cuando él se repuso, tras de unos instantes habló:

—Gracias, señorita, muchas gracias.

—Hable usted—le dijo Angela—con un gracejo especial mi idioma italiano. ¿De qué país es usted?

—Yo... soy americano.

—Es la primera vez que veo a un hombre de esa raza.

Y en seguida, como aun se encontraban, si bien fuera de peligro, entre rocas, de las que él, por su cansancio, no podía salir, ni ella tenía fuerzas para sacarle, la joven gritó:



—¡Favor! ¡Socorro!

—¡Oh! Hágame el favor de no pedir auxilio...

—¿Por qué? ¿Qué inconveniente puede usted tener en que yo pida auxilio, señor americano?

—Pues verá usted, señorita... ¡Yo soy desertor!

—Y ¿por qué ha desertado usted?

—Por casualidad, eso es lo cierto. Después de haber testejado un corto descenso a tierra, en un puerto cercano, nuestro barco partió sin mí y sin otros compañeros de a bordo. Alquilamos una barca para alcanzarle, pero fuimos sorprendidos por una tempestad y la barca se ha destrozado entre las rocas. Mis compañeros han perecido, creo, todos. Y yo habría corrido igual suerte a no ser por usted...

Angela creyó en absoluto esta narración, hecha por el supuesto americano con frases entrecortadas y de acento sincero, al parecer, profundamente sincero. Y por esto no tuvo inconveniente en dar hospitalidad en su propia casa al fugitivo.

Era éste un muchacho robusto, fuerte y bastante simpático. Algo extraño sintió, en lo más profundo de su ser, Angela. Una atracción, una nascente atracción muy poderosa. ¿Amor?

Quizá sí. Porque en tanto que el fugitivo descansaba, ella, hablando consigo misma y haciendo, a tiempo que hablaba, gestos de acuerdo con sus palabras, decía:

—¿Qué actitud debo yo tomar con este hombre? ¿Amable? ¿Displicente? ¿Coqueta? No; yo seré indiferente y orgullosa de mi valía, semejante a una buena dama romana. Sí, decididamente, me mostraré con indiferencia...

Mas el fugitivo no descansaba, como Angela había supuesto y, oculto tras una puerta, asistía a esta escena y oía este monólogo.

Al terminar la joven de hablar, entró él diciendo:

—¿Estaba usted acicalándose, señorita?

—¡Oh!—exclamó ella, sorprendida.

—Puede usted continuar, como si yo no estuviera aquí.

Llamaron a la puerta. Corrió a ocultarse el extranjero y Angela abrió. Era el cartero.

—¿Estaba usted sola, Angela?—le preguntó.

—Sí, sola. ¿Por qué me lo pregunta?

—Me había parecido que hablaba usted con alguien.

—¡Oh, no! No hablaba con nadie.

Salió el cartero. Había traído carta de Mario.

En tanto que Angela la abría, volvió el fugitivo.

—Es necesario que me marche. ¡Pasar aquí algunas horas constituiría evidente peligro para mí!

—¿Por qué?

Cuando el fugitivo iba a contestar, se percató de que Angela tenía deseos de leer la carta, y no dijo, por ello, nada.

Era una carta sencilla y tierna, en la que Mario decía a su hermana cosas sin importancia, pero que para ella eran, en verdad, muy importantes.

Cuando hubo terminado la lectura, Angela, dirigiéndose a Jack—que así había dicho llamarse el extranjero,—le dijo:

—Es una carta de mi hermano Mario, a quien tanto quiero y por cuya suerte tengo toda clase de intranquilidades e inquietudes.

Aprobó Jack, y los dos, después, quedaron en silencio.

Pasaron varios días y Jack retrasaba su partida. Angela observó que Amor, dormido en el corazón de toda mujer, ibase poco a poco despertando en el de ella. Y el hecho de que aquel hombre no tuviera



ahora tanta prisa por marcharse, la hacía concebir muy bellas esperanzas.

Un día, ella, conmovida, dijo a aquel hombre, al cual, en efecto, ya amaba:

—¿Acaso yo le haré a usted falta, Jack?

—Sí, sin duda, Angela. Cuando se es desgraciado, hacen falta cerca personas henchidas de ternura, como usted. Pero acaso usted, que es más desgraciada aún que yo, tenga más necesidad, por consiguiente, de mí y de mi cariño.

Angela no supo qué contestar, y entonces Jack, abrazándola, añadió:

—Una divertida y tradicional costumbre en nuestro país, es la de creer que un beso es el mágico consuelo de toda pena.

Y como la tenía abrazada, la besó en los labios.

Angela, aunque gozosa, intentó desasirse de aquellos brazos que tan dulcemente la aprisionaban, y dijo:

—El padre Lorenzo no vería con buenos ojos semejantes costumbres...

—El padre Lorenzo... no opinaría lo contrario de lo que te digo cuando conociera lo rectas, lo nobles, lo elevadas que son mis intenciones.

Angela, que ya amaba con fuerza y con inusitado entusiasmo, que se sentía capaz de cualquier sacrificio, que encontraba una fuente de ternuras en su amor hacia Jack, inagotable, suficiente para consolarla de su penosa soledad y de su callado sufrimiento por todas las muchas cosas que le habían ocurrido, aprobó las palabras del joven y sus besos y sus abrazos.

Se abandonó, pues, en los brazos del amado, con un gesto tan henchido de amor, como infundido de renunciamento. En un gesto, en fin, de entrega absoluta.

### III

Uno tras otro, en doliente caravana, regresan a su país los heridos de la absurda, inhumana tragedia. También a la idea, triste desde que aquel cataclismo cayó, como un castigo, sobre la tierra, empezaron a llegar los hombres mutilados, deshechos, enfermos. En la primera expedición llegó Pedro, uno de los mejores amigos de Angela y de sus hermanos, joven, antes de la partida, fuerte y valiente, y ahora extenuado y abatido.

Angela recibió la visita del antiguo amigo, pero ni aun a él le reveló el secreto de su amor, de quién era el hombre a quien amaba, de que lo tenía escondido, de cómo le conocía...

Solamente el padre Lorenzo tuvo noticia de ello. Y esto porque era imprescindible. Angela había ido a verle para arreglar su matrimonio. Le contó todo lo que de Jack sabía. Y el padre Lorenzo la interrogó:

—Bien, Angela. Todo cuanto me cuentas, me parece bien. Pero a ese extranjero con quien tú, irreflexivamente, quieres casarte, ¿estás segura de que le amas?

—Amor, sin duda, debe ser el sentimiento que me inclina hacia él, padre. Al menos yo no he sentido por nadie un cariño semejante.

—Perfectamente, hija mía. Se hará lo que desees. El matrimonio será secreto, como quieres. Pues que habiendo muerto tu hermano Antonio y estando Mario en la guerra, no desees que se sepa tu casamiento, que pudiera interpretarse en el pueblo como un olvido de tu dolor...



—Ya sabe usted, padre Lorenzo, cuán lejos de tal supuesto está la verdad. Sufro, pero con este hombre en mi casa, en la forma que a ella ha venido, no puedo continuar. Y como nos amamos, lo más lógico es que nos casemos. Pero en secreto, para evitar murmuraciones y para que no se sepa que aquí hay un fugitivo; por esto principalmente.

—Bien, Angela, bien. Así será.

Angela y Jack se casaron, en efecto, en secreto. Nadie supo nada de ello. Nadie se enteró de que en el pueblo había un extranjero...

Angela era muy feliz, aunque su felicidad estaba en gran manera atenuada por el sufrimiento de la ausencia del hermano que le quedaba, que estaba en la guerra, siempre en peligro. Jack parecía también feliz, pero se mostraba muy reservado.

Por la noche, cuando Angela se marchaba a su obligación de cuidar el faro, dejando en casa a Jack, se despedían tiernamente y él le decía:

—No olvides, Angela, nuestra señal de amor de media noche.

—¡Oh, no, querido, no la olvidaré!

Y en cuanto llegaba la media noche, Angela enviaba a Jack, dirigiendo el reflector del faro a una de las ventanas de su casa, tras cuyo cristal Jack aguardaba, el convenido mensaje de amor.

—¡Yo... te... amo!...

Al día siguiente de éste en que Jack insistió en su recomendación a Angela de que no olvidara la señal de amor, circuló por el pueblo esta terrible noticia: «El enemigo ha atacado otro barco esta noche.» A bordo estaban los soldados heridos.

A la casa de Angela llegó también la mala nueva.

Jack dispuso aquel mismo día su marcha. Iria a buscar su barco, legalizaría su situación para poder

volver después con la frente alta al lado de la amada, junto a la que era ya su esposa.

—No me llevaré—dijo a Angela—más que chocolate. Esto me podrá durar para algunos días sin temor de que se eche a perder.



—Tony, el tendero, es el único que tiene chocolate. Pero no puedo pedirle más que una ración, porque si le pido más entrará en desconfianza... Mas yo sé dónde lo guarda... Te traeré cuanto pueda. Merecerá perdón lo que voy a realizar, en gracia al motivo que me impulsa a ello...

Y Angela salió de su casa dispuesta a traer para el esposo gran cantidad de chocolate. Escondiéndose de todo y de todos, llegó a la casa del



tendero y entró en ella sin que le vieran. Fué a la alacena en que éste guardaba el chocolate, cogió gran cantidad de él y escapó, no sin que en la precipitación se hiciera un rasguño en una mano, que empezó a sangrar.

Ya con el chocolate en su poder, Angela empezó a correr con dirección a su casa. Y antes de que llegara a ella, en la tienda el robo había sido ya descubierto.

—¡Un ladrón en la ciudad! —dijo el tendero. — ¡No puede ser otro que un extranjero!

Habían acudido muchas gentes, ante los gritos de Tony, diciendo que le habían robado; y entre los que acudieron estaba Pedro, que dijo, contestando a la afirmación del dueño de la tienda:

—¡Un extranjero aquí, puede considerarse como enemigo! ¡Tal vez sea un espía!

Aprobaron todos y el tendero añadió:

—Dejemos a mi perro seguir la pista del ladrón.

El perro siguió, en efecto, el mismo camino que Angela había llevado, y todos, amenazadoramente, fueron tras él.

Angela había llegado a su casa, por la carrera, rendida, pero al mismo tiempo muy desasosegada. Por primera vez desde que conoció a Jack, nació en su mente una duda atormentadora. Y se preguntó a sí misma:

—¿Quién será, en verdad, este hombre?

Entró, dolorida por este pensamiento. Se acercó a donde Jack estaba. El hombre dormía tranquilamente. Angela le despertó con gran ternura.

El, adormilado, inconsciente de lo que hacía, tuvo al despertar un gesto tan tremendo de intranquilidad, que Angela se sorprendió grandemente y se percató de que sus dudas, recién nacidas, se acrecentaban poderosas. Y no pudiendo ocultar lo que pensaba, exclamó:

—¡Cómo! ¿Es posible que despiertes así, Jack? ¡Oh! ¡Ahora lo veo claro! ¡Eres un espía!

Jack no supo negar. Y dijo:

—¡Angela, mi querida Angela, perdóname! ¡Soy, en realidad, un enemigo de tu país! ¡Pero yo no soy, te lo juro, un traidor para contigo!

—¡Oh! ¡Qué cosa tan horrible!

—No me desistes, Angela, porque yo sirva a mi país! ¡Perdóname mi reserva para contigo! ¡Te amaba y no podía decirte la verdad!

—¿Qué has hecho, desgraciado?

En esto llegó hasta la casa el rumor de las gentes del pueblo que se acercaban corriendo. Angela, ignorante del por qué venían hacia allí y temiendo que hubiera sido descubierta la presencia en su casa de un extranjero y el por qué este extranjero se encontraba allí, ordenó a Jack que se escondiera en los sótanos, donde siempre, diciendo al mismo tiempo:

—Yo te protegeré contra las iras del pueblo!

Llegaron y entraron los que seguían al perro.

Uno le preguntó:

—¿Qué hacías tú a estas horas en la aldea? ¿No sabes que se acerca la noche y que tu sitio es el faro?

Otro que había visto su mano ensangrentada, le preguntó a su vez:

—¿Quién te ha hecho sangre en la mano?

Y el tendero, que había descubierto sobre la mesa el chocolate, dijo:

—¡Ah! ¿De modo que fuiste tú la ladronzuela?

Angela, haciéndose cargo de la situación, que no era como suponía, cobró fuerzas y contestó:

—¿Cree usted, Tony, que yo he robado el chocolate para mí, deseosa de una golosina? ¡Oh, no! ¡Es que no tengo nada que enviar a mi pobre hermano Mario!



—Ella miente—protestó el tendero.—¡Ella sabe, como todos, que Mario ha muerto!

—¡Calla, tú, imbécil!—dijo Pedro con violencia al tendero.—¡Esa noticia era el padre Lorenzo el encargado de comunicársela!

Luego, el viejo amigo, como ya era inevitable, dijo a Angela:

—Ciertamente, amiga mía: Mario ha muerto. ¡Era uno de los heridos que estaban sobre el barco que fué atacado anoche!

Angela, fuera de sí, apenas si pudo expresar una queja. Se echó sobre la pared, extraordinariamente pálida, y empezó a sollozar.

La gente, ante aquel dolor, empezó a salir. Cuando ya todos habían salido, Pedro se volvió y le dijo:

—Perdona, Angela, el daño que haya podido causarte, sin querer, con esta noticia, para la que no estabas preparada. ¡La guerra nos ha convertido en bestias sin corazón!

Salió Pedro, apenado. Angela entonces reaccionó y empezó a pensar en voz alta:

—¡Ah, el buque!... ¡El faro!... ¡Mi señal de amor a Jack! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Jack es el asesino de mi hermano!...

Y abrió la puerta y empezó a gritar a Pedro, a Tony, a todos, que no habían tenido aún tiempo de alejarse:

—¡Venid! ¡Yo he mentido! ¡Yo tengo escondido en mi casa a un espía... a un enemigo de nuestro país...; no, a un enemigo nuestro!...

—Eso es horrible, Angela—dijo Pedro.

Angela abrió la compuerta del sótano y entregó a las gentes del pueblo al traidor, a su marido.

Y dijo a Pedro, a su amigo Pedro, al buen amigo de sus dos hermanos, ya muertos.

—¡Júrame, Pedro, que tú no lo matarás!

—Yo te juro, Angela, puesto que así me lo pides, que nada le haré yo...

Rodaron al espía los otros hombres, y Angela, dirigiéndose a él, exclamó, toda transformada:

—¡Usted ha matado a mi buen hermano Mario! ¡Eso no tiene perdón de Dios ni de los hombres! Y menos lo tiene de mí, que sé de los medios de que se ha valido para ello. ¡Nuestra señal de amor no era más que una infame superchería que usted había ideado para que fueran atacados los barcos! ¡Y en uno de esos barcos anoche fué muerto mi hermano! ¡Usted y nada más (que usted) ha sido el asesino!

El supuesto americano no supo que contestar. Empujado por las gentes que le rodeaban, salió de la casa.

Angela se quedó sola, y no sabía ni expresar su dolor. Por su rostro, tan bello, pasaron en un momento los reflejos de los dolores más crueles y de las angustias más terribles. Era demasiado débil para resistir tanto tormento, que no era nada más que la continuación, agrandada hasta lo infinito, de las muchas torturas que ya desde tanto tiempo venía sufriendo y padeciendo. ¡Ahora sí que se había quedado sola en el mundo! Amó, y el hombre en quien puso todas sus ternuras, era, aunque, sin duda, amándola, por horrible circunstancia del destino, su peor enemigo. Y sus dos hermanos, tan buenos, ya habían desaparecido.

Se echó sobre la mesa, sollozando.

El espía, seguido de las gentes del pueblo, iba por junto al mar. Subieron a una roca todos, por encima de la cual había un sendero. Hizo un esfuerzo. Se desprendió de sus ligaduras, empujó a Pedro, que quería sujetarle, y cuando éste cayó, como muerto, en el suelo, él se arrojó al mar. Se hizo a sí mismo justicia.



## IV

El sufrimiento de Angela, después de la revelación de la muerte de su hermano, causada por su marido, era tan poderoso, que había de acabar con su vida, o había de acabar con su juicio. Y fue esto último lo que perdió. La locura se apoderó de su cerebro, que ya no podía resistir tanto dolor.

Unas monjas que tenían su convento en la aldea la recogieron y la cuidaron. Pronto advirtieron que Angela estaba embarazada, y por ello redoblaron sus cuidados. Vino el hijo esperado, después de algunos meses.

Las monjas, en cuanto nació la criatura, temiendo por ella, dada la locura de la madre, la entregaron, para que la cuidara, a María, la madre de Pedro, el amigo de Angela y de sus hermanos. Pedro, y también su padre, habían muerto. María estaba, pues, sola. Las monjas creyeron fundadamente consolarla al encargarla del cuidado del recién nacido.

Pero Angela, una vez restablecida, había también recobrado la razón. Se dijo que había despertado su cerebro por la fuerza del amor maternal.

Mas las monjas, poco seguras de que esto fuera cierto, nada le dijeron del paradero de su hijo. Tiempo habría para ello si en verdad Angela no tornaba a ser atacada por la locura.

Abandonó el convento y volvió a su casa, y, por las noches, al cuidado del niño.

María, cuando se enteró que Angela había vuelto a su casa, temerosa de perder el niño, al que

había tomado gran cariño, concibió un proyecto absurdo. Y se dirigió al convento.

—Hermana Lucía—dijo a la superiora.—Angela sigue con el juicio perturbado. Lo vengo observando cada día. Esta criatura, a su lado, será muy desgraciada. Déjenme que yo la adopte.

Y así se hizo, contra toda lógica y razón.

En su angustioso padecer, Angela vuelve al convento cuando ya han pasado algunos días, esperando hallar allí a su hijo, esperando que se lo entregarán. Apenas si lo había visto cuando nació.

Fué, se acercó a la superiora y dijo:

—Hermana Lucía, usted me cree loca, ¿no es cierto? Pues bien; nada más lejos de ello...; Mi cabeza está bien, puede creerlo! Ahora es sólo mi corazón el que sufre de una manera indecible...

La actitud exaltada de Angela, su expresión sincera de duelo, persuadieron a la hermana Lucía de que había obrado ciegamente al confiar el niño a una mujer que no era su madre. Y se propuso remediar en seguida el mal causado.

Angela volvió a su casa, y en ella manifestaba con expresivas evocaciones maternas su ternura infinita y conmovedora.

Cuando estaba en tan admisible actitud, alguien entró.

—¡Juan!—exclamó Angela.

—¡Sí, yo soy, amiga mía! Pero más habría valido que muriera. ¡Me he quedado ciego!

—¡Oh, mi pobre Juan! ¡Todo esto que tú amabas ya no lo volverás a ver más! Mas tendrás un consuelo: ¡yo seré desde hoy, para ti, la luz que falta a tus ojos!

Y, en efecto, desde el día siguiente, Angela, que ya vivía apartada del trato con los demás habitantes de la aldea, se dedicó en cuerpo y alma a los cuidados del pobre ciego.



Al amanecer había ido al pueblo a comprar alguna cosa, y al volver, caminando tristemente, encontró a María con un niño en brazos. Se acercó a ella y, acariciando al niño, que era su hijo, dijo a la madre de Pedro:

— ¡Qué hermoso bebé!

— ¡Sí! contestó María ocultando al niño. — ¡Es hijo de mi Pedro!

— Yo — murmuró Angela, apenada — también tuve un hijo...

Y se alejó llorosa. Pero en cuanto llegó a su casa empezó a hacer memoria de Pedro. Tuvo un hijo, en efecto, al nacer el cual murió la esposa. Pedro había muerto también, mucho después. El niño, pues, no podía ser el que tenía María; habría de ser mayor; éste era muy pequeño. Por otra parte, recordó más tarde que aquel niño murió, cuando aun Pedro vivía...

Pensando esto, se acercó a Juan, exclamando:

— ¡Oh, mi querido Juan! ¡Yo he visto a mi hijo ahora mismo... y, sin embargo, no lo he reconocido!

María, en cuanto Angela se alejó, se fue a ver a Tony, que era el que, como padre, había adoptado con ella al hijo de Angela.

— Oye, Tony. He oído decir que las monjas quieren quitarnos el niño. Además, Angela acaba de verlo y temo que recuerde que su hijo no ha muerto. Supuesto que tenías pensado abandonar la aldea para establecerte en Génova, apresura la partida. Yo me iré contigo y el niño será nuestro...

En tanto, Juan hablaba con Angela.

— Acepta, Angela, casarte conmigo. Recogáremos a tu hijo, que será mío. Te ayudaré a buscarlo como si fuera en realidad su padre...

Tony y María se fueron sin tardanza a la playa

y alquilaron un pequeño vaporcito, que era del guarda que había durante el día en el faro.

Este, cuando vio su insistencia en embarcar, habiendo, como había, una fuerte tempestad, les dijo:

— ¿Estáis locos queriendo embarcar con un tiempo tan borrascoso?

— Nos es imprescindible. Tenemos que estar mañana, sin falta, en Génova.

— Pero es temerario, como está el mar, arriesgarse.

— No importa; saldremos. Esto no será nada...

Bueno. Allá vosotros...

Salieron, en efecto. Pero la tempestad, en lugar de amainar, fué en aumento. A la media noche empezó a ser más violenta y se sentía en las rocas que rodeaban el faro las fuertes embestidas de las olas. Tan terrible era la tempestad, que destruyó el mecanismo del faro, y éste, para mayor desgracia de los dos navegantes, que habían salido al anochecer y que no habían podido alejarse, se apagó por completo.

— Tengo miedo — dijo a su acompañante (el viejo que había alquilado el barco a Tony) Angela — de que no sea posible esta noche volver a dar luz al faro.

— ¡Qué desgracia! ¡En una noche de tempestad!

— ¡La situación no tiene remedio!

— ¡Pobre Tony! Ya le había advertido yo que era una locura embarcarse con un tiempo así, y lo que es peor, acompañado de María y de un niño...

— ¡Dios mío! ¡Eran ciertas mis sospechas! Tony y María se han llevado a mi hijo.

Mientras así hablaba Angela, muy cerca era empujado hacia las rocas el pequeño barco en que los fugitivos habían querido huir, pues cuando ape-



nas se alejaron una milla de la playa, la tempestad había roto el árbol de la embarcación.

Angela, en cuanto oyó decir a su camarada del faro que Tony y María habían salido al anochecer, supuso que, dada la violencia de las olas, el barco en que iban no podía de ningún modo haberse alejado mucho de la costa. Y esto era nuevo motivo para su desesperación. Pues no pudiendo dar luz con el faro en aquella noche terrible, el barco aquel estaría condenado a estrellarse contra las rocas.

Su fuerte instinto maternal le sugirió una idea admirable para intentar, en lo que fuera posible, acudir al salvamento de su hijo.

Salió del faro y, en medio de la obscuridad y de la tormenta, corrió hasta su casa, situada junto al mar, como otras muchas de la aldea, aunque aislada completamente. Amontonó en el comedor todos cuantos muebles, sillas, ramas y objetos de madera había en el hogar y les prendió fuego, decidida, sin ninguna vacilación. Quería reemplazar con las llamas del incendio de su casa y de todo cuanto en ella había la apagada luz del faro.

—Que perezca todo—dijo en voz alta,—si con ello gano su preciosa vida.

Y avivó sin cansancio el fuego, arrojando a él todo cuanto era propio para aumentarlo. Y cuando ya las llamas se elevaban hacia el cielo, voraces e iluminadoras, abandonó la casa y se dirigió a la playa, a la busca de una barca con que salir al mar para recoger al hijo, que tan inminente peligro corría.

Y todavía llegaría a tiempo. Pues para los fugitivos la catástrofe era irremediable. María, sin abandonar al niño, luchaba, en el camarote del pequeño barco, contra la invasión del agua, que ya empezaba a entrar con violencia hasta allí. Tony, arriba, andaba de un lado para otro buscando un

medio de salvarse. La embarcación, empujada por las olas, se acercaba cada vez más a las rocas, en donde sin duda sería destruida.

Tony, al fin, se arrojó al mar. Quizá iba a ganar la playa para volver después, con una lancha, a recoger a María y al niño. Mas no había de lograrlo; desapareció tragado por las olas. En tanto, en el camarote, María ha sido arrojada por un vaivén contra unos lieros; el agua la oculta ya casi. Se esfuerza, angustiada y ya casi moribunda, por subir a la cama. Y en cuanto se echa en ella, se queda pálida, se estira, muere, en fin, atormentada por un sin fin de dolores. Sólo queda ya vivo el niño, que se ha despertado en los brazos ya muertos de María y que, inocente, juega con las ropas sobre que está.

Mientras, en la playa, con profunda ansiedad y a impulsos de sus arrebatos heroicos, Angela se apresta al salvamento. Ya ha desatado la lancha y ya se dispone a entrar en ella y a ir en busca del hijo, y quizá de la muerte.

A las gentes de la aldea, que han acudido en gran número, atraídas por el incendio, y que, enteradas del propósito de Angela, quieren disuadirla, ella, serena, les contesta:

—Hay que salvarlos a toda costa.

—Espera que amaine el temporal—le dicen.

—Sería tarde.

—Ahora, si sales, vas a morir.

—Y bien: ¿qué me importa morir, si, de quedarme aquí, quien morirá será mi hijo?

—No es tan apurada la situación. El barco en que está tu hijo con Tony y María—se vela con las llamas—aún está lejos de las rocas.

—Sí, ya veo que está lejos, pero una ola violenta puede arrojarlo en un momento sobre la orilla, es decir, al abismo, pues que se destrozará sin



remisión. Moriría mi hijo, y ¿para qué quería yo la vida después? Esta vida ¿qué queréis vosotros que reserve?

Dirigiendo esto, como fin del diálogo, saltó a la barca y se hizo a la mar.

Llegó, sudorosa y angustiada, con esfuerzos inauditos, tras lucha tremenda con las olas, al barco en que sólo vivía ya su hijo. Subió a él, entró en los camarotes, llegó a aquel en que la pequeña criatura, jugando todavía, estaba...

Angela vió a María muerta, rígida. Tuvo una frase de piedad con una mezcla de repulsión retrospectiva, para ella. Luego cogió al niño, salió, subió a cubierta, saltó nuevamente a la lancha que la había traído y se dirigió nuevamente a la playa. Todos la esperaban con ansiedad. Todos, cuando llegó, lloraban conmovidos. Todos se sintieron admirados de su valor. Todos asistieron a aquel hecho heroico con emoción indescriptible.

Y más que todos, lloraba, estremecido, conmovido, emocionado, admirado y enajenado, Juan, el ciego Juan, el hombre que amaba hasta la locura a Angela.

—¡Hijo, hijo mío!—gritaba Angela fuera de sí, alzando a la criatura tal que si fuera un trofeo.—¡Ahora es cuando sé que la vida tiene un noble estímulo para querer vivirla!

Sobre las ruinas de la casa incendiada se levantó nuevamente un edificio, construido sobre sólidos cimientos. Dentro de él reinan en absoluto la Paz y el Amor.

Viven en él, queriéndose tiernamente, la noble y heroica Angela, el desgraciado, ahora muy feliz, en lo que es posible, Juan, y el niño, mimado y querido y cuidado, de una manera admirable, por su madre y por Juan, que será para siempre su verdadero padre.

Como en el mar vino la calma después de la tempestad, en el hogar de Angela han llegado, después de tantos sufrimientos, los días de una serena y firme felicidad. Bien la tenía merecida. Juan ha sabido por completo hacerla feliz.

FIN



## TÍTULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

---

ROBIN DE LOS BOSQUES,

por Douglas Fairbanks.

EL SELLO DE CARDÍ,

por Betty Hlythe.

LA AGONIA DE LAS AGUILAS,

por Severin Mars y la Morlay.

LA CASA DEL MISTERIO,

por Masjoukine y Elena Darly.

DIA DE PAGA,

por Charles Chaplin (Charlot).

UNA CARRERA EN KENTUCKY,

por Reginald Denny.

EL FLIRT,

por Ellen Percy.

CHIKUILIN y CHIKUILIN HOSPICIANO,

por Jackie Coogan.

THEODORA,

por Rita Jolivet.

¡QUE TONTOS SON LOS MARIDOS!

por Enid Bennett.

SEÑAL DE AMOR,

por Mary Pickford.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos

---



## Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

\* \* \*

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

### ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

**El hombre sin nombre.**— Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

\* \* \*

**La hija de la ajusticiada.**— Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

\* \* \*

**El Doctor Mabuse.**— Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbará, 15. Apartado 925 — Barcelona